

REFLEXIONES SOBRE LA IDENTIDAD NACIONAL Y CULTURAL DE LOS DOMINICANOS

Por Danilo de los Santos

1.- Introducción

El abordar un tema de la naturaleza del que me corresponde discurrir no constituye una tarea sencilla. No lo es, porque aparte de la implicación polémica que tal asunto reserva entre los preocupados por una definición de lo dominicano, implica además tomar en cuenta numerosos indicadores. Un indicador ineludible lo es la reflexión sobre la que amparo mi discurso, y toda reflexión no es más que la vuelta que se da sobre sí mismo para hacer posible mediante ideas o razonamientos, una determinada consideración sobre algo. En este caso, exponer sobre asuntos tan diversos, y al mismo tiempo interrelacionados como son el asunto nacional, el asunto de la cultura y de la identidad.

Por otra parte, implica el tema tratar sobre una sociedad respecto de la cual no sólo se han concebido historias fantasiosas, parcializadas e inconsistentes, sino que de ella se dicen grandes mentiras y se levantan negaciones y dudas. Negaciones como la que define que éste no es un país, sino un "paisaje". Dudas, como la que interroga si la sociedad dominicana es algo más que una definición nominal o política. Y a propósito de negaciones y dudas, se puede pensar que por lejana que se sitúe la conocida quintilla del cura de Santiago, Juan Vásquez, la incertidumbre y verdades de su sentencia parecerán encontrar un adecuado alojamiento en nuestra conciencia. La quintilla dice así:

*"Ayer español nací/ a la tarde fuí francés/ a la noche etíope fui/
hoy dicen que soy inglés/ no sé qué será de mí! "*

No voy a discurrir sobre las razones motivacionales que revela el autor, localizado entre fines del siglo XVIII y principios del XIX. Sin embargo me detengo en lo que testimonia el contenido de esta célebre composición para señalar que en el mismo se da un planteamiento que configura nuestra realidad en el devenir histórico. Es una

configuración parcial, la que ofrece, pero es la referencia de componentes en un ordenamiento sustantivado. Lo español, lo europeo y lo etíope que en parte tienen que ver con el aspecto racial y cultural con que se perfila lo nacional en nuestra sociedad.

Hay algo más que se revela en la quintilla sobre la que hablo. El cura Juan Vásquez, después de enumerar todo lo que él se sabe o se cree que ha sido, concluye con un "No sé que será de mí!", hasta cierto punto definitivo y convincente. Pienso que tal expresión es la de un hombre que al mismo tiempo que identifica los basamentos de su identidad es incapaz de definir esa identidad. ¿Ocurre lo mismo con nosotros? ¿Somos capaces de definirnos en términos nacionales? ¿Podemos identificarnos como dominicanos a base de descubrir las esencialidades de tal identidad? ... Me permito puntualizar que toda personalidad individual o colectiva resulta de unos procesamientos históricos al mismo tiempo globales y particulares, o como apunta Marx cuando dice que los hombres al hacer su propia historia, no la producen libremente en unas condiciones por ellos elegidas, sino por unas condiciones dadas y legadas en suma por numerosos factores. A expensas de la historia del territorio donde nos localizamos surge el concepto nacional. También la cultura y la identidad como parte del concepto dominicano. Todos y cada uno de ellos sometidos a una simultaneidad de causas y efectos que se han producido emergentemente, que se trastocan en la mayoría de sus situaciones, y que manifiestan un carácter no definitivo.

Entremos ahora al planteo y discusión de las ideas medulares del tema que trato.

II.- Lo nacional y algunas opiniones.

¿Qué es lo nacional? ¿Cómo surge lo nacional en nuestra historia? ¿Cómo se concibe lo nacional?

Cualquier diccionario define que lo nacional es lo relativo a una nación, entendiéndose ésta como la formada por un conjunto de personas que teniendo alguna vinculación racial, espiritual o política se localiza en un territorio determinado. *La nación surgió en cierta fase de la historia de la asociación humana —fase relativamente reciente y que aún está lejos de concluir— como la esfera intermedia más importante entre el hombre y la humanidad. Y el entramado de intereses, valores, lealtades, expectativas y aspiraciones que tienen en común todos los individuos que integran una misma sociedad nacional, es en el sentido más alto y profundo, lo que se llama "Nacionalis-*

mo”, expresión ideológica de la condición objetiva de poseer igual nacionalidad. El “nacionalismo” es, por tanto, la ideología de la nación¹.

La nación resulta de un cierto estado de conciencia política; y el nacionalismo de la exaltación de lo que conforma la personalidad nacional según estimen pensadores, historiadores, estadistas, etc. Aunque todos sabemos concretamente cuándo surgió políticamente el Estado dominicano, no me arriesgo a afirmar en qué momento se va formalizando la nacionalidad, o cuando surge la nación. Podría decir como Fichte que nuestra formación nacional es idiomática; o como Hegel, quien sugiere que “una idea geográfica, claramente definida, tiende a convertirse en el perímetro de un Estado”². De igual manera apoyarme en Renán, para quien lo nacional es localizable “en el recuerdo colectivo de los hechos o sufrimientos comunes, y en la voluntad consciente del pueblo, cuando aspira a vivir juntamente y transmite su herencia a las generaciones venideras.”³. Podría seguir con estas concepciones que se ajustan —como ha dicho José Alcántara Almánzar— al esfuerzo de la burguesía en cuanto a nacionalizar⁴; y aún cuando pudieran parecer racionalizaciones también burguesas prefiero acogerme a los diferentes puntos de vista que han externado algunos intelectuales dominicanos en relación a la idea nacional, para ver qué convencimiento conseguimos.

Nombres como el de Pedro Henríquez Ureña, Arturo Peña Batlle, Pedro Troncoso Sánchez, Hugo Tolentino Dipp, Américo Lugo, Roberto Cassá y otros, han vertido opiniones respecto al surgimiento y desarrollo de lo nacional. Las mismas, como podremos apreciar, se plantean ajustadas a enfoques tradicionales, por no decir hispanofílicos o a enfoques que toman en cuenta aspectos como el político, el económico, el social y el cultural.

Para Arturo Peña Batlle, la formación nacional se manifiesta a partir de la llamada “Devastación de Osorio”. Las protestas que levantan dicha acción mostraron hasta dónde había comenzado a definirse “un espíritu social y económico independiente”. Este espíritu —establece— se muestra con “insospechada ferocidad” para mediados del siglo XVII y a través del combate de la cincuentena contra la invasión francesa. A través de aquella lucha “se templó para siempre el temperamento colectivo y el espíritu nacional de los dominicanos”⁵.

Este mismo orden de ideas se ofrece en una conferencia titulada *Evolución de la Idea Nacional*. Su autor, Pedro Troncoso Sánchez,

aclara que fue la Devastación la que provocó “la primera gran sacudida en el secular proceso de autoconciencia y defensa de su ser social contra los atentados provenientes de la propia metrópoli y de los enemigos de ésta”⁶.

Señala respecto a las ideas citadas que hay que distinguir “netamente entre la lucha de España por defender su soberanía en la isla, contra las fuerzas extrañas a la hispanidad, y la lucha de la comunidad dominicana por conservar sus esencias de origen y por defender las condiciones de su existencia y persistencia, aún en contraposición a los designios de la propia metrópoli”⁷. El designio consistió en que España se dejó quitar Santo Domingo y la persistencia de los dominicanos por otra parte, consistió “en seguir siendo españoles, súbditos de su Majestad Católica, base de su forma de vida”⁸. La persistencia llevó a que los dominicanos no se percibieran sino “como hijos de España, de sus frailes, capitanes y maestros, de sus concepciones tradicionales, de sus costumbres ancestrales, de su cultura, de su idioma, de su típica religiosidad”⁹. Esta percepción nacional se volvió dolor cuando los criollos dominicanos se vieron abandonados por su rey; cuando se vieron “dominados por las hordas de Toussaint” y cuando encararon “la burla de los soldados franceses en las calles de Santo Domingo”¹⁰. Pero se produjo la reconquista de Sánchez Ramírez y se “trató de un nuevo rescate de las esencias dominicanas”¹¹, que se reafirman con “mayoritaria voluntad” en Bondillo. “Fue éste un acto de Soberanía popular —enfatisa el autor— de la misma especie del que hubiera consistido en proclamar la independencia”¹². Después de desarrollar hasta 1809 la evolución de la idea nacional, Troncoso Sánchez toma en cuenta las invasiones haitianas. Dice que la fuga de élite y atraso de la sociedad que se sucede, llevaron a “la innegable existencia de una conciencia colectiva con capacidad de decisión, con el postulado de que para conservar la propia identidad el país no podrá ser independiente sino la posesión o la zona protegida de una potencia que lo ayudara a sobrevivir y a preservar sus atributos”¹³ y aclara finalmente: “Es a la altura de 1873 —en concordancia con el señalamiento hecho por Pedro Henríquez Ureña— cuando la conciencia dominicana muestra indicios de sacudirse del lastre del pesimismo con respecto a la viabilidad de un Estado soberano, y ya no hay, en lo adelante, más movimientos de envergadura encaminados al establecimiento de condiciones de tutela”¹⁴.

El señalamiento de Pedro Henríquez Ureña consiste en que para él la formación de la idea nacional se reduce a un proceso de intelección. Este proceso culmina en 1873, y se manifiesta mediante la

unión de los bandos políticos para derrocar el gobierno anexionista de los seis años de Báez¹⁵. Henríquez Ureña se sitúa en el siglo XIX, y lo mismo hace Roberto Cassá, quien refiriéndose al período de la España Boba, nos dice que para entonces “se produjo un notable desarrollo de la conciencia nacional, principalmente encarnada en un sector social que se estaba desarrollando entonces al calor de las nuevas relaciones de producción. Se refiere a la clase media o pequeña burguesía¹⁶. Estas capas medias que dicho historiador define como “urbanas y rurales” tomaron conciencia de la existencia de una nación dominicana gracias a los cambios “operados por la larga ocupación haitiana en el sentido de modernizar en numerosos aspectos la base económica del país”¹⁷.

Parecida opinión a la de Cassá sustenta Hugo Tolentino Dipp en un artículo que titula *Apunte acerca de la formación de la Nación Dominicana* y en el que aclara que las premisas teóricas que auspician su “búsqueda de los elementos que integran la Nación tienen su punto de partida en la convicción de que el origen y la esencia de esta categoría son históricos y económicos”¹⁸. Tolentino Dipp habla de búsqueda porque se le hace difícil —declara— encontrar en sí mismo y en los demás, “suficiente luz para esclarecer con nitidez la formación de la categoría histórica que es la Nación Dominicana”¹⁹. A pesar de esa reticencia, el autor hace una formulación que se aprecia en las siguientes consideraciones que me permito enumerar:

1º. Al calor de una serie de transformaciones económicas y sociales, fundiendo etnias y culturas, la sociedad colonial dominicana fue identificándose en la lengua, en su ámbito geográfico y en la sicología”.

2º. Sin que España interviniera de manera determinante y en aras de su preservación como conjunto social, el siglo XVII fue escenario de gestas en las que el esclavo, el liberto, el mestizo y el criollo afirmaron una pertinencia y una personalidad histórica contra la voluntad de conquista de Inglaterra y de Francia. Estas gestas eran síntomas inequívocos de una definición nacional, vale decir, síntomas evidentes de la existencia de la categoría nacionalidad”.

3º. Con el paso del tiempo y aunque no siempre monolíticamente, pero por encima del mito de la Madre Patria, la mayoría de los integrantes de la nacionalidad dominicana se fueron orientando hacia la obtención de la libertad y la igualdad. Vale decir, desde la nacionalidad comenzaba a proyectarse una conciencia nacional con objetivos prioritarios”²⁰.

4º, Cuando en la primera década del siglo XIX la colonia del Santo Domingo español pasó a manos de Francia, la nacionalidad dominicana acusaba una singular madurez (...) frente a Francia se alzó, en defensa de sus intereses y bajo el argumento de su fidelidad a la Madre Patria, la oligarquía esclavista criolla, la cual formaba parte integrante de la nacionalidad dominicana. Pero también se irguieron los sectores más amplios, más populares de esa nacionalidad, los núcleos portadores de la aspiración a la autodeterminación”²¹.

5º, “Con todo y las características negativas (...) la unión con Haití, aunque parezca paradójico, auspició el desarrollo de los elementos de la Nación y del Estado Nacional dominicanos. La abolición de la esclavitud, la eliminación de ciertos privilegios de la oligarquía esclavista colonial, la eliminación de los latifundios de la iglesia, la distribución de tierras a los antiguos esclavos y el crecimiento de las fuerzas productivas del núcleo mercantil, actuaron de manera beneficiosa en la creación de una sociedad que dentro del marco del pre-capitalismo tendía a unificar una serie de elementos que repercutían en su formación nacional”.

“Por otra parte, la diferencia lingüística, las características culturales distintas, la existencia de un ámbito geográfico en el que se había conformado toda una historia propia, contribuyeron poderosamente a deslindar, hasta el rompimiento, la nacionalidad dominicana de la nacionalidad haitiana. En el fondo, los dominicanos habían alcanzado la suficiente madurez como para tener una clara conciencia nacional y para aspirar a través de la independencia, a la estructuración de un Estado Nacional. La realidad histórica probaba que la nacionalidad dominicana comenzaba a trasmutarse en Nación, pero en Nación oprimida”.

6º, La República Dominicana que se formó el 27 de febrero de 1844 era (...) parte del mundo capitalista. Y en ese mundo se realizaban sus transformaciones. Pero lo hacía con las posibilidades que las relaciones de ese modo de producción mundial le ofrecían en su condición de periferia. Junto a la independencia formal imperaba la dependencia real dificultando tremendamente las posibilidades de una definición capitalista nacional”²².

En este seguimiento de pensadores dominicanos que nos ofrecen sus reflexiones sobre el asunto nacional, no quisiera que pasara inadvertido el nombre de Américo Lugo, cuya vitalidad ideológica a veces escéptica, otras veces pesimista, es definida como de tipo “ético-histórico” cuando de nacionalidad se trata. En su polémica tesis docto-

ral: *El Estado Dominicano ante el Derecho Público*, sostuvo que “De la lección atenta de la historia se deduce que el pueblo dominicano no constituye una nación. Es ciertamente una comunidad espiritual unida por la lengua, las costumbres y otros lazos; pero su falta de cultura no le permite el desenvolvimiento político necesario a todo pueblo para convertirse en nación”. Recalca que “No es una nación porque no tiene conciencia de la comunidad que constituye”; y no siendo tal, “el Estado que pretende representarlo no es un verdadero Estado”²².

Los criterios de Américo Lugo fueron expuestos meses antes de la intervención imperialista de 1916, pero varían hacia 1921 cuando reconoce que “sea cual fuera el grado de aptitud política alcanzado hasta ahora por el pueblo dominicano, es indudable que existe una patria dominicana”. Y puntualiza que desde el período colonial “ya estaban bien caracterizados los elementos que andando el tiempo debían constituir la nacionalidad dominicana (...). La lucha entre las posesiones españolas y francesas de la isla, no hizo sino afianzar (...) el espíritu propio, estrechar la comunidad de intereses e ideales y acendrar el amor al terruño”. Establece Américo Lugo que la primera afirmación de la nacionalidad y cito: “O sea del pueblo dominicano como personalidad propia y diferencia de otro pueblo (...) fue la Reconquista (...) Ese mismo espíritu dio en 1821 un paso hacia la independencia política, aspiración necesaria a toda nacionalidad en formación y que luego de realizada se convierte en condición vital sin la cual el espíritu nacional decae, languidece y muere (...). La dominación haitiana no logró modificar el genio dominicano ni quebrantar la unidad espiritual (...) (y) del breve eclipse de la anexión a España, la nacionalidad salió con mayor pureza”. Somos —termina diciendo— “como nacionalidad, superiores en algunas cosas a los norteamericanos ingleses que ahora pretenden ejercer sobre nosotros una dictadura tutelar”²⁴.

La mayoría de los intelectuales dominicanos que de una manera directa o indirecta han tratado el tema nacional en su concepto estricto, coinciden en encontrar las raíces de su desarrollo en el siglo XVII; quizás la coincidencia se ampara en ese terrible abandono que envolvió y proyecta la situación histórica de aquel siglo; o quizás porque se produce una adecuación mental, al habitat geográfico e histórico que nos comenzó a delimitar desde entonces dentro de la condición insular. Apreciamos como lo explica Pedro Mir: “Tenemos que admitir que nuestro futuro no está por comenzar, como lo pretenden las cartománticas, sino que comenzó hace siglos cuando los vecinos desalojados de las poblaciones en llamas iniciaron su marcha

hacia las ciudades virtuales de Bayaguana y Monte Plata. Con esas ciudades comenzaba lo porvenir. Y es así como vivimos en la actualidad el futuro escalofriante, el oscuro vaticinio del siglo XVII”²⁵.

No discuto las opiniones de quienes se sitúan en el XVII para considerar que en dicho siglo se encuentran las raíces de un desarrollo nacional. La historia como conocimiento se presta a generalizaciones que se hacen vigentes, que se convierten en opiniones autorizadas cuando no se dan argumentos en contra, y respecto al siglo: XVII no se pueden dar muchas porque es el período más vacío de nuestra historia colonial, en lo referente a testimonios documentales. Aparte de que aún los testimonios de épocas lejanas revelan muy parcialmente el estado colectivo de una sociedad determinada.

Toda formulación nacional —y es mi punto de vista— está determinada por un planteamiento económico y político que hace posible la viabilidad de la nación en un momento determinado. Lo económico guarda relación con el sentido que se tiene de la propiedad, trascendido políticamente a determinado nivel geográfico. Pero el planteamiento político significa, además, el logro de una independencia planteada, mantenida y defendida no a nivel de las ideas y de la retórica, sino en el plano de la defensa real de la propiedad e identidad colectiva.

Reconozco que toda formulación nacional puede explicarse a partir de elementos causales. Pero hay causalidades que localizadas en una situación histórica lejana no son más que destellos que hay que entenderlos en el contexto de las contradicciones que se producen en esa lejanía. Contrarias son las causalidades cercanas al brote de esa formulación nacional claramente localizable, tampoco exentas de contradicciones.

III. La identidad cultural — La identidad nacional.

a) *Somos una sociedad geográfica que se define en un territorio insular y compartido.*

b) *Políticamente constituimos la República Dominicana.*

c) *Podemos sustentar una historia particular. Nuestra virtual independencia ocurrió en 1844 y en base a ella se habla de autodeterminación, soberanía; y se tiene un himno y una bandera nacional.*

¿Constituye lo anteriormente señalado una identidad, o es que la

identidad es otra cosa? ¿Cómo se perfiló históricamente nuestra identidad cultural? ¿Cómo se ha percibido y qué denota?

El encabezamiento que motiva tantas interrogantes no constituye más que una identificación formal de lo que es la Nación Dominicana, y la experiencia histórica y humana nos enseña que la identificación cambia necesariamente como consecuencia de transformaciones. Puede decirse lo mismo de la identidad en su acepción relativa ya que en su concepto estricto la identidad "es la persistencia de la unidad, especie o personalidad en relación al tiempo y a todo cambio". En otras palabras, que la identidad la componen los caracteres esenciales que sirven para identificar una cosa; caracteres que no afloran por generación espontánea cuando refieren a una sociedad determinada sino que son producto de un proceso de surgimiento, maduración, renovación y trascendencia. Nos dice López Ibor que *Un pueblo, a través de su historia va realizándose. Las realizaciones forman un ámbito espiritual, o si se quiere una cultura*"²⁶.

Aunque se pueda hablar por separado sobre identidad nacional e identidad cultural, no se da entre lo uno y lo otro una desvinculación. Sin embargo, la identidad cultural conforma y soporta la identidad nacional como planteamiento económico y político, porque reserva una gestación operativa. En el caso de la sociedad dominicana la gestación incluye un basamento constituido por los aspectos simbióticos que se encontraron desproporcionadamente en nuestro espacio geográfico: Uno agresivo y dominante (el español); otros dos primitivos. El primero autóctono (Taíno) y el segundo trasplantado (el africano). Como bien dice Uslar Pietri: "El bagaje cultural que trajeron los negros y el que aportaron los indios no pudo ser otro que el que tenían para el momento del encuentro, quedando cortados de la evolución que pudo continuar en sus medios culturales de origen. En cuanto a la cultura española, ésta tendió en América, a hacerse arcaizante y retrógrada con respecto a los cambios que ocurrieron posteriormente en la Metrópoli. En algunos casos se cortó la comunicación y en otros se hizo más lenta e incompleta"²⁷.

En esa gestación se produjo una imposición de lo que podemos llamar cultura del dominio representada por España, pero también se puede hablar de un soporte en la que operan fuertemente ingredientes africanos. Debemos recordar que si los dominicanos somos un resultado simbiótico, ello significa que somos a la vez descendientes de conquistadores y conquistados, de amos y esclavos, de raptos y mujeres violadas; porque el conquistador —parafraseando una apreciación de Carlos Rangel— vino a buscar oro y no libertad, vino a

buscar esclavos y sexo²⁷ y como consecuencia se perfiló una sociedad de mulatos.

Hasta el siglo XIX —y especialmente entre los siglos XVII y XVIII— el ámbito de nuestra sociedad pareció enfrentar un relativo vacío de identidad en la que tres formas de aprensión social se agravaban simultáneamente. Una es la angustia agravada por la decadencia de las instituciones que habían sido el fundamento histórico de la ideología dominante. Otra, el sobresalto que crea un vacío existencial desprovisto de significado espiritual. Lo tercero, el temor suscitado por lo nuevo que podía ampliar la imagen total. Medítese un poco sobre La Española del XVII, y discurren si la miopía que lleva al abandono insular no coincide con una decadencia del dominio. Aceptemos como válida la pobreza general de dicho siglo que se confabula con la carencia de información y qué otra cosa descubrimos aparte de esa carencia de significado espiritual. El temor que suscitaba lo nuevo, veámoslo en las penetraciones francesas, en la revolución haitiana, en la abolición de la esclavitud, en las independencias, etc.

Traigamos a colación nuevamente la quintilla del Reverendo Juan Vázquez: *Ayel español nací/ a la tarde fui francés/ a la noche etíope fui/ hoy dicen que soy inglés/ no sé qué será de mí!*”.

Qué revelan estos versos sino la serie de aprensiones extendidas hasta el extremo de crear una crisis en la identidad de un sujeto. Señala Erik H. Erikson que los procesos históricos se relacionan con la demanda de identidad de cada nueva generación. “Para mantener su vitalidad, las sociedades deben tener a su disposición las energías y lealtades que surgen del proceso de la adolescencia: Cuando las identidades se confirman, las sociedades se regeneran. Si ese proceso falla en un número de individuos demasiado alto, se pone de manifiesto una crisis histórica”²⁹.

La identidad nacional, teniendo algunos antecedentes y la operatividad de unos basamentos, comenzó a perfilarse a partir del siglo XIX. Su punto de partida fue una crisis de valores que claramente se constata a través de la declaratoria de independencia de 1821. La solución a esta crisis la dan algunos líderes con capacidad para elaborar nuevas solidaridades, o con suficiente visión para reorientar una identidad en crisis. Esta fue una etapa en que la identidad tropezó con una jerarquía de elementos positivos y negativos, y muchos intentos resultaron fallidos, porque toda reorientación agudiza además las tensiones sociales, enfrenta intereses creados y contrapone ideolo-

gías. En este perfilamiento de la identidad nacional, que se hace sinónimo de identidad dominicana es refrescante recordar a Duarte, quien maduró el concepto ideológico en su doble sentido. Su ideología envuelve muchos factores, pero antes que todo es consecuencia de la necesidad humana de establecer una identidad política, de contar con una imagen moral y cognoscitiva del Universo local que es la patria; de producir lo que José Martí definió como el problema de la independencia, que no consistió en un cambio de forma, "sino en un cambio de espíritu". Este cambio de espíritu insertó un nuevo concepto de identidad como lo es el de dominicano.

IV. ¿Lo dominicano?

"La nación dominicana es la reunión de todos los dominicanos" escribió Duarte cuando redactó un proyecto de ley que consolidara constitucionalmente la identidad política surgida de la independencia. Al crearse el Estado Dominicano, de una serie de elementos antropológicos —definió Américo Lugo en 1916— "habíase formado una variedad predominante: el Mulato. Esta variedad constituye hoy el elemento criollo por excelencia. Los negros ocupan el segundo y último lugar. La raza blanca pura está representada casi exclusivamente por extranjeros. Entre estos abundan los turcos, los cocolos, los chinos y los haitianos"³⁰.

No es tan difícil definir lo dominicano que no es negro ni blanco; ni hispano, ni africano, ni atrasado ni desarrollado completamente; ni es azul o rojo, ni pequeño ni grande; y es todo ello al mismo tiempo, porque su condición se ha definido como entidad ideológica y se proyecta como expresión nacional y cultural. Pero aún así, es saludable reconocer sus límites, sus trabas, sus barreras y la visión que la expresa o la confunde en grado extremo... No significa, pues, que aún definiéndose lo dominicano, no constituya una problemática; y éste, en principio estriba en que la Sociedad Dominicana despeje la discrepancia entre lo que es realmente como Nación y la imagen que esa Nación tiene de sí misma. Y entro, como se puede percibir, en el problema de los valores.

Desde finales del Siglo XIX hasta nuestros días, se han ido desarrollando marginalmente postulados y creencias en torno a la valoración nacional de los dominicanos. En este sentido encontramos la valoración prejuiciada, la pesimista, la parcializada, la exaltada y la valoración negadora.

La valoración negadora es la que no reconoce las posibilidades de

una nación en términos materiales y espirituales. Quienes se hacen portadores de esta negación no encuentran mejor vía para los pueblos que la dependencia. Aquellos que se hacen ciegos cuando aceptan la tutoría de los adelantados. Los que creen que es necesario convertir una nación en sucursal, por la imposibilidad de convertirse en centro; o quienes imitan a aquello que se cree superior o prestigioso.

La valoración exaltada tiende a fortalecer la imagen de una falsa realidad, de un nacionalismo exacerbado o de una idealización escapistista o redentorista expuestos por sectores intelectualizados.

La valoración prejuiciada tiende a crear una sub-estimación que fortalece muchos complejos: el de la supuesta haraganería del dominicano; el de la mutilación, justificada en la división geográfica, cuya insularidad crea el complejo del isleño. Todas estas subestimaciones que hasta cierto punto han creado niveles de conciencia, han sido producto de la ideología del dominio opresor.

La valoración pesimista, que llega a justificar aspectos deficientes de la nación que derivan de la composición racial, del hambre congénita, de la ignorancia. Valoración de una clase dirigente que al buscar la justificación del fracaso de la sociedad a la que pertenecen manifiestan su racismo petulante o intelectualizaciones discutibles como la de Antonio Zaglul, quien señala que nuestra sociedad es paranoica²⁹.

La valoración parcializada, que crea sectarismos indiscriminados. Como los oscuros cuando dicen que la cultura es negra, y punto; o los blancos cuando dicen que nuestra cultura es clara, y punto. La valoración parcializada crea una separación entre las expresiones populares y cultas, aparte de situar marginadamente a grupos mayoritarios en el disfrute de la cultura.

Enfrentada a estas valoraciones trasciende la que podemos llamar valoración creadora, que sujeta a una realidad, revaloriza y construye modelos conceptuales que no solamente descubren enraizamientos sino que hacen comprender lo que se es como identidad y como cultura. Un breve examen a nuestra producción literaria, plástica y musical nos brinda un testimonio elocuente.

¿Existe una identidad Nacional? La Sociedad Dominicana fluctúa entre una búsqueda de una identidad manifiesta, por parte de grupos dominicanos y la crisis de la identidad que acrecienta generaciones nacionales con poder de decisión y liderazgo.

¿Existe identidad cultural? Permítanme hacer mía una oración concluyente escrita por Frantz Fanón: ¡Oh cuerpo mío, haz de mí, siempre, un hombre que interrogue!³².

NOTAS:

1. L. A. Costa Pinto, "Nacionalismo y Revolución", Nuevo Mundo No. 44, febrero de 1970.
2. Referencia recogida en Federico Carlos Sainz De Robles, Ensayo de un Diccionario de la Literatura, Tomo I, Ediciones Aguilar, S.A. Madrid 1954. Pág. 867.
3. Idem. Pág. 867-68.
4. José Alcántara Almánzar. Conferencia sobre "Anadel", novela de la gastrosofía.
5. Arturo Peña Batlle. La Isla de la Tortuga.
6. Pedro Troncoso Sánchez, *Evolución de la Idea Nacional*, Museo del Hombre Dominicano, serie conferencias No. 2, Sto. Dgo. 1924, pág. 9.
7. Idem. pág. 10.
8. Idem. pág. 11.
9. Idem. pág. 19.
10. Idem. pág. 20.
11. Idem. pág. 23.
12. Idem. pág. 26.
13. Idem. pág. 28.
14. Idem. pág. 30.
15. Referencia recogida de Pedro Troncoso Sánchez, Op. 64.
16. Roberto Cassá: *Historia Social y económica de la República Dominicana, introducción a su estudio*, tomo I, Editora "Alfa y Omega", Sto. Dgo. 1970, pág. 207.
17. Idem. pág. 230.
18. Hugo Tolentino Dipp, "Apuntes acerca de la Formación de la Nación Dominicana" *Realidad Contemporánea*, números 5-6-7, Sto. Dgo. 1978, págs. 57-67.
19. Idem.
20. Idem. pág. 61.
21. Idem. pág. 62.
22. Idem. pág. 64.
23. Américo Lugo, "El Estado Dominicano ante el Derecho Público".. En *Lecturas Domi-*

- nicanaç*. Carlos Fernández-Rocha y Danilo de los Santos. Playoz S.A. Madrid, 1977, pág. 296.
24. Américo Lugo. Historia de Santo Domingo. Prólogo de Arturo Peña Batlle. Ciudad Trujillo, 1952.
 25. Pedro Mir, *El Gran Incendio*, colección UASD. Vol. 145, Sto. Dgo. 1970, pág. 139.
 26. Referencia recogida en Antonio Zaglul, *Apuntes*, Editora Taller, 1974.
 27. Arturo Uslar Pietri, "América Latina: originalidad y destino del continente mestizo", *El Correo*, UNESCO, febrero de 1976, año XXIX, págs. 28–32.
 28. Carlos Rangel, *Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario*, Monte Avila Editores, Caracas, 1967.
 29. Erik H. Erikson. Referencia en la *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Vol. 5, Editora Aguilar, Madrid 1975, págs. 587–591.
 30. Américo Lugo, op. cit.
 31. Antonio Zaglul, *Apuntes*, Editora Taller, Sto. Dgo. 1974, pág. 17.
 32. Frantz Fanón, *Piel Negra, Máscaras Blancas*, Editorial ABRAXAS, Buenos Aires, 1973, pág. 192.